



## *Sobre «Herencia»*

Antonio Cornejo Polar

En el lapso de apenas seis años, entre 1889 y 1895, Clorinda Matto de Turner (1854-1909) publicó sus tres únicas novelas: *Aves sin nido*, *Índole* y *Herencia*. Es posible que escribiera algunas más, tal vez las anunciadas *Alas y plumas*, *La excomulgada*, *Sevilla*, pero de sus manuscritos nada se sabe<sup>1</sup>. Muy distinta suerte corrieron las novelas publicadas. *Aves sin nido* mereció tres ediciones en brevísimo lapso y una inusual y pronta traducción al inglés, presagiando así el lugar privilegiado, inaugural en más de un aspecto, que la crítica le ha concedido. *Índole* y *Herencia* fueron muy pronto olvidadas, la crítica suele prescindir de ellas y -hasta ahora- no habían sido nunca reeditadas<sup>2</sup>.

Este olvido es injusto. En lo que toca a *Herencia*, esta obra había sido anunciada con el título de *La cruz de ágata*<sup>3</sup>, y representa sin duda, la culminación del proceso de la narrativa de Clorinda Matto además de echar luces definitivas sobre un momento especialmente valioso de la historia de la novela peruana. *Herencia* significa, en efecto, el mayor acercamiento alcanzado por su autora al ideal naturalista que venía perfilándose desde *Aves sin nido*, sin que ello implique la desaparición del sustrato romántico-costumbrista que informa todos sus relatos, y significa también la apertura del nivel de las representaciones al espacio urbano -Lima- hasta aquí ausente. Se completa de esta manera, cierto que sin exhaustividad, el cuadro de la «escena nacional» que la Matto buscaba proponer a sus lectores.

*Herencia* es la continuación de *Aves sin nido*. En sus páginas se reencuentra a Fernando y Lucía Marín, a sus hijas adoptivas, a Sebastián Pancorbo, y se les sigue en su itinerario limeño, olvidadas ya -o casi- las penalidades sufridas años atrás en Kíllac. Aunque constantemente se presupone la lectura de la primera novela, cuyos episodios son evocados las más de las veces de manera elíptica, con lo que se sugiere la existencia de un público más o menos estable, lo cierto es que *Herencia* permite una lectura

autónoma. Determinados sentidos secundarios serán inaprehensibles para el lector que desconozca *Aves sin nido*, pero la línea central del relato y sus significados básicos están suficientemente encarnados en el texto.

En lo que toca a su estructura, herencia se asemeja más a *Índole* que a la primera novela. Nuevamente aparece la organización tenazmente bimembre y se insiste en el carácter opositivo de la relación entre los polos principales, aunque el esquema general sea aquí, en *Herencia*, algo más simple, menos arborescente. La oposición mayor se fija entre la familia Marín y la familia Aguilera: se trata una vez más, como en *Índole*, de un enfrentamiento esencialmente moral; ahora, sin embargo, se dejan percibir ciertos rasgos económicos y sociales derivados de la adscripción de los Marín a la burguesía moderna, incorporada al naciente sistema industrial a través de la posesión de acciones, y de la pertenencia de los Aguilera a un grupo superior, en cuanto a prestigio social sobre todo, que funda su no muy segura bonanza en rentas derivadas de propiedades inmuebles. Sin decirlo explícitamente en ningún caso, aunque sí a través de indicios múltiples, la novela anuncia la decadencia más o menos cercana del grupo representado por los Aguilera. De hecho, pues, los Marín vuelven a encarnar los más representativos valores éticos y sociales: frente a la deleznable opulencia de los Aguilera, frente a su ridícula devoción por el éxito, a su frivolidad y a su atonía moral, como frente a la barbarie de los vecinos de Kíllac, Fernando y Lucía representan en la axiología del relato la alternativa social que debe conducir al progreso.

Pese a la oposición mencionada, los dos núcleos familiares forman parte de un mismo mundo, el de la burguesía urbana, que a su vez se distancia abismalmente de los sectores populares. Es significativo que la conciencia de este hecho, que el relato denuncia con rigor, no se traduzca nunca en términos de conflicto; como lo es, también, que la representación de los estratos populares quede a cargo de un artesano jaranista -el maestro Pantoja- y de una ex-sirvienta de «casa grande», prostituida por la miseria a la muerte de su «ama» -Espíritu Cadenas. En todo caso, y por encima de estas obvias limitaciones, *Herencia* refuerza su validez testimonial con el vigor con que condena la miseria del pueblo limeño. Inclusive en un comentario asilado, que lamentablemente no se formaliza narrativamente, se compara la situación de los indios en la serranía y la situación de las clases populares en Lima, para afirmar el vínculo que une a los grupos de poder que explotan al indio y al obrero o artesano. Esta ligazón no es suficiente, según se anota en el texto, para borrar el prejuicio de los amos costeños contra los «notables» serranos. Cabe destacar el siguiente texto:

Don Sebastián personificaba, en aquellos momentos, la rara repulsión que existe para estrechar la mano encallecida del provinciano que esquilma la fortuna del indio [...] y la mano enguantada del político que brinca como una víbora golpeada con una varilla del membrillar, cuando se trata de embrollar cien soles, pero se agazapa, se encoge y abre tamaños ojos reverberantes cuando son cien mil soles los que se hallan a su alcance [...] Don Fernando establecía ese parangón entre el traficante de provincia y el de ciudad, midiéndolos en la medida desoladora que ha sancionado la desmoralización social y política. Estudiando ese parangón, don Fernando había sacado para sí tristísimas consecuencias con relación a la patria entregada a manos sucias y a corazones llenos de

ponzoña.

(162-163)

En referencia al tema de la cita, y con gran acopio de circunstancias probatorias, *Herencia* desarrolla una persistente requisitoria contra el poder que tiene el dinero en la sociedad limeña. Se establece a este respecto que, pese al formal mantenimiento de criterios aristocráticos en la jerarquización social, la verdadera estratificación, la que en definitiva todas respetan, es la que se basa en la capacidad económica de cada quien, incluso al margen del origen, con frecuencia ilícito, de las fortunas. De aquí la usual tergiversación de los juicios morales («sólo las pobres son unas perdidas», dice doña Nieves de Aguilera) y el carácter venal de instituciones y personas. En este orden de cosas la narración remarca la fragilidad de la Iglesia frente al poder económico, como queda incisivamente expuesta a través de la presencia del obispo, por razones estrictamente pecuniarias, en la boda de Camila Aguilera.

Siguiendo en esto una extensa tradición, que tendría su representación literaria más alta en las novelas de Luis Benjamín Cisneros<sup>4</sup>, *Herencia* afirma que el vicio primero de Lima es la vocación de sus gentes por la opulencia -o por aparentarla. La vida social limeña se contempla entonces como un juego de apariencias, falsas en la mayoría de las veces, cuyas reglas han sido aceptadas por todos y forman parte de los hábitos más profundos de la colectividad. De aquí, como contraparte, observamos la costumbre de averiguar con curiosidad insaciable, vehementemente, lo que hay detrás de cada acción, de cada gesto, de cada palabra, y el hábito público de la maledicencia llevada a grotescos extremos de insinceridad. Estos vicios se observan nítidamente en las clases altas y determinan que la imagen que de ellas queda en la novela tenga un inequívoco tono farsesco. No otro resultado cabía obtener del contrapunto de falsas apariencias. El narrador se encarga de ofrecer en cada caso, y casi siempre haciendo uso de una gruesa ironía, la doble clave de una sociedad que, por vivir en la mentira, no puede finalmente tomarse en serio. Naturalmente los Marín son tanto más ejemplares cuanto más obvia es su excepcionalidad<sup>5</sup>.

Según es propio de la narrativa de Clorinda Matto de Turner, la gama que ocupa su discurso crítico tiene muchos otros referentes. El lector es frecuentemente avisado, por ejemplo, de la incompetencia de los funcionarios públicos, de la venalidad de los jueces, de la falta de luces de los parlamentarios, de los errores y desamparo de la Constitución, etc. Y al lado de la insistente denuncia del cinismo, frivolidad e hipocresía de los poderosos, no dejan de aparecer menciones al ocio e irresponsabilidad de los humildes. De esta manera se produce la destrucción del halo paradisíaco que rodeaba la imagen de Lima en las anteriores novelas de la autora. La ciudad mitologizada en *Aves sin nido* e *Índole*, que entonces era el paradigma más alto de la civilización y del progreso, el imperturbable sueño de oscuros provincianos, deja ver ahora su realidad concreta, deficitaria en más de un sentido.

Pero *Herencia* no es sólo una novela de crítica social. Como sucede en *Índole*, con toda claridad, y en *Aves sin nido*, mucho menos consistentemente, *Herencia* reparte su funcionalidad hacia dos objetivos dispares: por una parte, describe un sector de la realidad y lo enjuicia severamente; por otra, plantea una tesis y arguye en su favor con

el manejo del acontecer narrado y de los comentarios que el desarrollo del suceso suscita en el narrador<sup>6</sup>. El lado segundo del relato, o sea la presentación y prueba de una tesis, sigue el curso de las vidas de Margarita Marín y de Camila Aguilera. La alternancia en la presentación de episodios que corresponden a una u otra, alternancia que además marca el ritmo de la narración, facilita la construcción de una extensa serie de oposiciones concretas que enfatizan y proporcionan peso narrativo al enjuiciamiento global de las dos familias: las virtudes de los Marín se concentran en Margarita de la misma forma que los vicios de los Aguilera se reflejan acumulativamente en Camila. Sin embargo, y de manera harto evidente, el narrador desea trascender este nivel y también el de la caracterización antitética de dos personalidades: trata, en efecto, de incorporar al relato un criterio científico que explique el proceder de las protagonistas aunque a veces el lector sospecha que, a la inversa, la vida de Margarita y Camila ilustran un principio, lo ejemplifican. En todo caso es claro que se juega con un cuerpo de ideas especialmente ligadas al naturalismo: el poder de la herencia, en primer término, y del medio ambiente, en segundo plano.

A la larga Margarita y Camila obedecen a los dictados de fuerzas superiores y sus existencias concretas se perciben siempre en relación al legado hereditario de cada una y al imperio que sobre ellas tienen en sus respectivos ambientes. La gama de significaciones que expresa el término «herencia» resulta ser, sin embargo, excepcionalmente amplia, ambigua y con frecuencia contradictoria. El «cosmos hereditario» se comprende a veces en términos biológicos, como «herencia fatal de la sangre», que específicamente funciona en el campo sexual («las madres libidinosas dejan a las hijas la herencia fatal»), y a veces, más bien, en términos morales que pueden confundirse con el poder de la educación sobre la vida de los individuos. De hecho el debate acerca de si la educación puede o no variar el legado biológico se plantea confusamente en más de un fragmento de la novela.

Al final, y de manera sin duda abrupta, se postula un concepto de «herencia» que deja en un segundo plano las consideraciones biológicas, contra lo que era esperable en función del desarrollo de los acontecimientos narrados y de los nutridos comentarios que el narrador interpola. La «herencia» entendida como un complejo de elementos de orden espiritual, como la «educación» y la «atmósfera social», pesa más en la conducta de las personas que la «herencia de la sangre». Cabría entender la notoria inseguridad que expresan estos vaivenes como signo de la irresolución del conflicto básico entre idealismo y positivismo -que a su vez habría que remitir a un contexto social incapaz de asumir plenamente los principios del movimiento positivista.

En todo caso es significativo que la novela se centre en el tema de la herencia, hasta el punto de determinar su título definitivo, en cuanto implica la decisión de frecuentar un aspecto medular de la problemática naturalista. Aunque el desarrollo del tema sea incierto y ambiguo, como efectivamente lo es, su presentación prioritaria está cargada de sentido. Es obvio que el tema de la herencia está mucho más cerca del naturalismo que cualquier reflexión sobre la «índole» de las personas. En este sentido, y en comparación con *Aves sin nido* e *Índole*, *Herencia* es la novela de Clorinda Matto que más se acerca al modelo naturalista.

A esta misma conclusión se llega si se observa el énfasis otorgado a la representación de los ambientes; o más exactamente, al carácter modelante de éstos en relación al vivir humano. La novela reitera una y otra vez, aludiendo tanto al ambiente

social cuanto al ambiente físico, algunos casos ejemplares: el lujo y los hábitos de la familia Aguilera, que terminan por constituir un ambiente interior de poder irresistible, o el avasallador imperio del clima de Lima, explicación última de la sensualidad que domina sus costumbres colectivas, por ejemplo. No en vano la habitación de Adelina es para el narrador «un rico laboratorio fisiológico».

Algo más: el método de la «observación fisiológica», apenas insinuado en *Aves sin nido* y ya explícito en *Índole*, donde se despliega con vanidosa insistencia que no oculta el poco dominio real que sobre él ejerce el narrador, tiene en *Herencia* un desarrollo más sostenido y de alguna manera más coherente, aunque recaiga a veces en extremos de candorosa ingenuidad. Por encima de ésta y otras debilidades, que el lector moderno difícilmente perdona, cabe valorar el decidido esfuerzo por encontrar una coherencia interior en el comportamiento humano y el afán por religar los componentes físicos y psicológicos de la existencia.

Las apelaciones a la herencia, al medio ambiente y al carácter psico-somático del comportamiento humano, que se distribuyen masivamente a lo largo de todo el relato, indican con nitidez la voluntad de ofrecer una imagen del universo social e individual como sistemas causales, inteligibles objetivamente por la razón humana<sup>7</sup>.

Lamentablemente este empeño no siempre aparece procesado narrativamente; al contrario, casi siempre implica la intromisión de un discurso reflexivo, poco integrado a la estructura propia de la novela, que explicita el entramado causal y rompe el ritmo de la narración. A este efecto se acude a un repertorio no muy amplio de principios extraídos del saber científico de la época. La caducidad de estos conocimientos es otra valla que el lector actual de *Herencia* tiene que vencer.

Según se desprende de todo lo anterior, *Herencia* reparte sus objetivos hacia la probanza de un planteamiento general, avalado por la ciencia de entonces, y la mostración crítica de un ámbito social concreto. Aunque a la autora parece importar más el primer objetivo, que confiere al texto un tono de modernidad, lo cierto es que la novela logra mejor el segundo, cuyo desarrollo está múltiplemente endeudado con la tradición narrativa anterior. La imagen de la sociedad limeña, aunque parcial, es harto más viva y convincente que el proceso narrativo-reflexivo que explica las actitudes de los protagonistas en función de sus legados hereditarios y de sus ambientes.

No escapa al lector que la representación de Lima está presidida por una obsesión de fidelidad «realista». De esta suerte, cuando el relato se aleja algo de su referente, como sucede en las descripciones de algunos detalles urbanos, queda constancia expresa, mediante notas tal vez ingenuas pero significativas, de esa limitada «libertad» del texto. Después de todo el arte poético que informa la creación de *Herencia* se centra en un principio enfáticamente expuesto: la novela «copia y no inventa», dice Clorinda Matto de Turner. Una manifestación lateral de esta vocación mimética se encuentra en algunos parlamentos de Aquilino Espíritu; concretamente, en los fragmentos en que se observa un claro esfuerzo, a veces ingeniosamente logrado, de imitar los modos lingüísticos, incluso fonéticos, de los personajes.

Son notorias las limitaciones formales y representativas de *Herencia*, en especial de las ambigüedades y contradicciones que subyacen al universo que propone al lector, pero es innegable la validez y legitimidad de un esfuerzo por esclarecer críticamente

algunas dimensiones de una realidad (ahora capitalina como antes serrana), que se comprende deficitaria y perfectible. En esta tarea Clorinda Matto demostró, en *Herencia* como en *Aves sin nido* e *Índole*, dos virtudes poco comunes: honestidad y valentía.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

